Pompeya.

Herculano y Pompeya tienen en los anales profanos la misma desgraciada celebridad, que Sodoma y Gomorra en las sagradas escrituras: las dos ciudades romanas fueron como las dos ciudades de la Palestina destruidas en un punto, y sepultadas vivas en lo profundo de la tierra. Aconteció la terrible catástrofe, causada por una espantosa erupcion del Vesubio, en el año 79 de la era cristiana, siendo Tito emperador. Pompeya y Herculano, situadas ambas en la orilla del mar á la parte sud del volcan, dormian en una seguridad profunda, cuando de improviso llegó su última hora. Herculano se sumergió engolfado en torrentes de lava: Pompeya pereció enterrada por un horroroso diluvio de cenizas y agua, arrojadas del cráter, que combinándose en el aire volvieron á caer transformadas en lodo: uno y otro pueblo desaparecieron enteramente; y tan completo fué el desastre, que ni siquiera se pensó en descargar á aquellas desgraciadas poblaciones de la cubierta fúnebre, sacándolas de la tumba. Pasó algun tiempo, y ya la superficie del suelo se habia allanado; y ya se habian borrado los vestigios que indicaban el lugar en que yacian Pompeya y Herculano; de manera que el viagero podia hollarlas con sus pies, sin sospechar siquiera que iba pisando sobre dos ciudades romanas. Cerca de diez y siete siglos habian transcurrido de esta suerte, cuando unos aldeanos que estaban cabando la tierra para plantar árboles, descubrieron una parte del esqueleto de Herculano, y de allí á poco, otras escavaciones tambien casuales revelaron la existencia de Pompeya; lo cual sirvió de estímulo para dar principio á los trabajos de exhumacion que se han hecho en efecto, encontrando en ambas ciudades una mina inagotable de tesoros arqueológicos. Los libros y monumentos, que habian escapado hasta ahora al rigor del tiempo, no daban razon completa de la antigüedad romana doméstica, sino así como en fragmentos sueltos y aislados, dejando en la investigacion de los modernos ciertas lagunas, que las mas fundadas suposiciones y la interpretacion mas ingeniosa solo podian llenar de una manera imperfecta é hipotética, formando un cuadro incompleto y mutilado: pero con el descubrimiento de Pompeya, la antigüedad se ha vuelto á encontrar toda entera, intacta, admirablemente conservada en sus mas diminutos pormenores: allí se ha sorprendido, por decirlo así, en fragante la vida de los romanos; se busca, se espera ver salir por entre los edificios arruinados á los habitantes de la ciudad, porque no parece sino que apenas hace un dia, una hora que están ausentes. "Cerca del templo de Júpiter, dice un viajero, hay un bellísimo altar de mármol blanco, recien salido de manos del escultor: los obreros estaban acabando de hacer las paredes que le encerraban; uno de ellos acababa de echar una pellada de masa, iba ya á extenderla, cuando la funesta

catástrofe detuvo su mano repentinamente. La obra está todavía reciente, fresca (al cabo de diez y ocho siglos); sin gran dificultad creeria cualquiera que el albañil la ha dejado para ir á comer, y que va á volver al instante á concluirla.» La ilusion que ha sugerido esta reflexion última se reproduce por todas partes en Pompeya, encontrándose á cada paso trabajos interrumpidos, obras á medio concluir, que manifiestan cuán grande seria el terror de los habitantes, y la precipitacion de su fuga. Aquí, un panadero estaba sacando el pan del horno en el momento en que fue preciso echar á huir; la mitad de la hornada está todavía dentro del horno hecha carbon; allí, unos soldados se estaban divirtiendo, en pintarrajar figuras en las paredes del cuerpo de guardia: los dibujos no habian recibido todavía la última mano cuando espantados los artistas desertaron, abandonando la guardia con tanta prisa, que ni aun se detuvieron á abrir las puertas á otros compañeros, presos ó arrestados, y los infelices se encontraron muertos, abrazados á las rejas, como haciendo esfuerzos en medio de su desesperacion para arrancarlas y libertar su vida. Se ven las tiendas de comestibles y licores abiertas, y llenas de vasijas que convidan y aguardan á los parroquianos; las tabernas con los mostradores manchados de vino, y señalados de las copas, que llaman á los bebedores; carteles y anuncios que llaman la atencion del público, como el de Julia Felice, hija de Spurius, que pone en conocimiento del vecindario, por medio de un rótulo escrito en la pared de su casa, que tiene para alquilar 900 tiendas y un establecimiento de baños. Estas tiendas, extraordinariamente multiplicadas, conservan todavía sus cartelones y muestras diferentes, que presentan singular analogía con las que usan nuestros modernos mercaderes: los vendedores de leche se anuncian con cabras y vacas pintadas, los de caza, pesca, carnes, etc. con pinturas tambien de aves, peces, carneros, javalíes y otros animales; y los farmacéuticos con la efigie de la simbólica serpiente.

No puede esplicarse el vivo y profundo interés que inspira el aspecto de esta ciudad, en que no hay objeto alguno moderno que altere y desfigure la antigüedad pura de su fisonomía; y vacilando la curiosidad entre mil serias reflexiones que aquellas ruinas sugieren, no sabe sobre qué particularidad fijarse en aquel conjunto en donde cada parte descubre alguno de los hábitos de la vida romana. Sin embargo, la distribucion interior de las casas particulares, merece estudiarse con preferencia por ser menos conocida que la de los edificios públicos. Las casas de Pompeya, alineadas en calles tortuosas, estrechas, y guarnecidas de aceras, son por lo comun muy bajas, y no tienen ventanas. Una gran puerta da entrada á lo interior; debajo de la cual suele haber un cuartucho para el portero, con dos nichos á los lados en donde estaban atados para servir de centinelas un esclavo y un perro. Las habitaciones están repartidas al rededor de un patio con el pavimento de mosáico rodeado de una galería sobre columnas abierta y circular: á estas habitaciones solo entraba la luz por las puertas y algunas claraboyas hechas en el techo. Casi todas las casas tenian á la parte de la calle tiendas que por lo regular no se comunicaban con las habitaciones interiores; pero algunas sin embargo tenian puertas hácia la parte interior que confirman la noticia de algunos historiadores de que los propietarios mas ricos no se desdeñaban de vender por sí mismos al público el vino y el aceite de su cosecha. La disposicion de las casas de Pompeya es un nuevo testimonio en apoyo de los que opinan que la vida de los romanos era pública enteramente: pues que allí todo se halla calculado para la comodidad y esplendor de los actos esteriores y ceremonias públicas, y nada para la comodidad y regalo de la vida privada.

Si las casas particulares, en algunas de las cuales se hallan todavía fuentes en los patios y vestigios de jardines, no han sucumbido al poder del tiempo en el transcurso de mil ochocientos años, claro es que los edificios públicos como de mas solidez han de haber sido mejor conservados: así es en efecto, y son muchos los modelos de arquitectura pública, sagrada y profana; de templos, circos y teatros que en la ciudad desenterrada se han hallado casi intactos. Un templo de Augusto destinado á servir de salon para los banquetes á que se convidaba al pueblo, indica todavía este uso por las pinturas y esculturas de que se halla enriquecido, entre las cuales se ven gran muchedumbre de gansos, señal cierta de que estos habitantes de los corrales estaban en grande estimacion entre los comedores y glotones de aquel pais. En el gran teatro se ven todavía marcados los asientos que segun su calidad y rango ocupaban los espectadores, y un billete de entrada que se encontró á la puerta dá á conocer que los precios no eran muy altos, pues que no pasaba del valor de unos cuantos cuartos el de aquella especie de contraseña dada para la representacion de una tragedia de Esquiles. El *Forum* en donde se ventilaban los negocios públicos y mercantiles, presenta todavia los pedestales que sostenian las estátuas de los ciudadanos ilustres de Pompeya, y conserva muchos restos de la tribuna de las arengas; su vasto recinto está todavía decorado con dos magníficos edificios, á saber: un templo de Júpiter en donde se encerraba el tesoro público, y un templo de Venus en donde tenia sus sesiones un tribunal criminal.

Pompeya ha conservado asimismo la última morada de sus habitantes, sus monumentos fúnebres; y de los diferentes puntos de vista en que puede colocarse el viagero para contemplar la ciudad, ninguno acaso ofrece un aspecto mas interesante que *la via de los sepulcros*. No hay cementerio alguno antiguo que se haya conservado tan intacto y tan completo en su totalidad, ni que presente tan minuciosamente los usos y costumbres de los romanos relativos á sus mausoleos y enterramientos. Este cementerio, situado en una de las puertas de la ciudad, forma una larga y linda avenida; la via pública que es muy estrecha y empedrada con grandes trozos de lava sobre los cuales se echa de ver todavía la señal de las ruedas de los carruages, pasa por entre dos andenes ó aceras, á cuyo lado opuesto se ven colocados lateralmente dos filas de sepulcros. Los mausoleos mas espléndidos están colocados á la parte de delante, y los mas sencillos por el contrario retirados hácia atras; algunas tumbas solo encierran los despojos mortales de una persona, al paso que otras son sepultura comun de toda una familia; una pared no muy alta separa los límites de cada una, y señala á cada muerto el espacio que le está destinado.

Estos monumentos fúnebres estan construidos, en su mayor parte, de un mármol pulido de estraordinaria blancura, y trabajados con buen arte y esquisito gusto. Su estructura uniforme presenta generalmente una bóveda, en cuya concavidad estan abiertos los nichos destinados á recibir las urnas cinerarias; en la parte esterior por el frente hay una especie de mesa y asientos de piedra, y era donde los parientes y amigos tenian el convite funeral. Los bajos relieves que adornan algunos de estos sepulcros prueban que tambien los modernos mezclaban la vanidad con el dolor. Gozaban los ciudadanos de alta clase ó de mérito distinguido el privilegio de ocupar en el teatro y en el foro un asiento de honor á que daban el nombre de *bisellium*: consistia este en un banco adornado de almohadones con franjas, ca-

paz de contener dos personas, y sin embargo el privilegiado se sentaba solo, consistiendo por consiguiente la distincion en ocupar doble lugar del necesario. Pues este *bisellium* de honor se vé pomposamente esculpido en muchos de los sepulcros, á manera de los escudos de armas con que nuestros nobles suelen decorar las sepulturas de sus familias. Sobre uno de aquellos monumentos hay grabada una inscripcion que prueba que en la antigüedad se conocia, ya que no las inscripciones fúnebres, á lo menos el uso de honrar á los grandes hombres, haciendo su sepultura á costa de la ciudad. La tal inscripcion dice que aquel sepulcro se erigió por Allia Decimilla, á su marido Marcus Allius, y á su hijo en un terreno concedido por el pueblo. Hay tambien en Pompeya otros *mausoleos interesantes* por la semejanza que se halla entre las ideas que envuelven sus adornos, y las de los pueblos modernos: y algunos se ven exornados de alegorías al estilo oriental, como el de Nivolia Tychia construido por ella para sí misma, sus hijos y libertos en el cual se ve esculpido un bajel entrando en el puerto, símbolo del descanso de la muerte. Algunos otros sepulcros son tambien notables por la delicadeza del trabajo y la magnificencia de las esculturas: tales son el mausoleo de Calventius Quietus proclamado por los inteligentes el mas elegante de todos los de la antigüedad, y el de Scaurus enriquecido con preciosos bajos-relieves de estuco, que representan cacerías y grupos de gladiadores, cuya esplicacion está en inscripciones hechas con pincel. Estos sepulcros, como construidos de materias mas duras y menos accesibles á la destruccion, estan todavía mejor conservados que los edificios públicos y particulares de Pompeya; tan acumulados se hallan en aquel sitio, que el camino que atraviesa por en medio de ellos, y se representa en el grabado que va á la cabeza de este artículo, ha tomado el nombre de *vía de los sepulcros*. Por el se va á la ciudad dejando á la izquierda una á manera de posada ó meson grande donde sin duda iban á descansar y reparar sus fuerzas los trabajadores y sepultureros del cementerio. El espectáculo de este fúnebre lugar sirve como para preparar el ánimo del viagero para contemplar la ciudad destruida por el espantoso desastre, y aumenta tal vez la ilusion del espectador: los monumentos que sirven de morada á los muertos parecen tan nuevos y recientes que cuesta dificultad persuadirse á que los que acabaron de construirlos han sido tambien reducidos á la nada hace diez y ocho siglos.

CASAMIENTOS ANTIGUOS.

Uno de los efectos mas notables que ha producido la civilizacion, ha sido emancipar la parte mas bella de la creacion, de aquella tutela degradante á que el sexo mas fuerte la habia reducido, mientras la barbárie no tenia código racional en el goce, ó disposicion de los objetos domésticos mas apreciables. Desconocíase la reciprocidad de los deberes matrimoniales, y la felicidad real de la prole era la menor de todas las consideraciones. La mujer era una esclava, amada mientras podia contribuir á satisfacer los caprichos de su tirano, ó estimada mientras que por un manejo económico podia contribuir á mantener el gasto estravagante de su amo, ó aumentar el tesoro de su avaro compañero. La hija, tratada como un animal doméstico favorito, iba creciendo entre caricias hasta llegar á la edad nubil, cuando sin consultar sus inclinaciones, ni por consiguiente su felicidad, era entregada al hombre que podia ser de mas provecho á su insensible padre; en una palabra, la mujer en todo estado era considerada como una propiedad del hombre á quien pertenecia, y no podia nunca llamarse independiente. Este derecho, tan injusto como inhumano, ha sido llevado en algunas naciones á un estremo increible, tal como el de reclamarlo el poseedor hasta despues de su muerte: y para mantener una pretension tan absurda, fue *impíamente* revestida, *sino* con obligaciones religiosas, al menos con el carácter de sacrificios propicios á una monstruosa divinidad. Prueba triste son de esto las viudas en la India, que á la muerte de sus esposos se sacrifican voluntariamente sobre su sepulcro.

La práctica de disponer los padres y tutores de sus hijas ó pupilas, ha sido tan remota y tan universal, que pudiera detener la pluma de un escritor antes de condenarla, y hacerle investigar si hay alguna causa oculta en la naturaleza que pueda ó haya podido justificarla. Los escritos mas antiguos del mundo, aun cuando prescindamos de su autenticidad, la mencionan como práctica recibida, sin darle la mas leve sombra de injusticia. En efecto, Moises no solo hace repetidas veces alusion á la costumbre de comprar las hijas á los padres para esposas, con dineros cuando los habia, con ganado á falta de dinero, ó con servicios personales si el pretendiente no tenia mas medios que su trabajo, sino que refiere haber seguido esta costumbre algunos personages con cuyos nombres se dignaba el Altísimo unir el suyo. El patriarca Jacob se obligó á servir siete años á Laban, como rabadan de sus ganados, porque le diera por mujer á su hermosa hija Raquel; y por falta de alguna formalidad en el convenio, despues de los siete años de un asiduo trabajo, el caprichoso padre dió al mozo la otra hija fea que él detestaba. Una propuesta de otros siete años de sujecion hizo Laban á Jacob por la mano de Raquel, y el enamorado jóven consintió por no perder el fruto del trabajo y obtener al fin su deseo. En otra parte del Pentatéuco se refiere que el príncipe de Salen, cuando solicitó á Dina, hermana de los doce patriarcas, dijo al padre: "Pídeme cuanto quieras, y yo satisfaré tu deseo, con tal que me des la muchacha para que sea mi mujer." En otros pasages de la Biblia se halla una ley regulando el precio que el pretendiente habia de pagar al padre por la novia que solicitase.

Los persas y otras muchas naciones en el Asia, los turcos en Europa, los negros en el Africa, y las tribus independientes en la América conservan todavia esta costumbre en todo su vigor. Un par de camellos es el precio de una linda jóven árabe; el persa que puede dar algunas piezas de telas, está seguro de hallar una compañera á su gusto; un padre turco vende á su hija desde la edad de siete años por una corta heredad, obligándose á entregar la hija cuando llegue á la pubertad, ó restituir la posesion en caso del fallecimiento de la muchacha; y por último, un buen poncho y media docena de yeguas es el precio de una hermosura en las pampas ó en las orillas del Marañon. En una palabra, tal es la práctica en todas las naciones no civilizadas, y aun en otras que lo están en cierto grado.

Entre las naciones antiguas, que contamos como civilizadas por el poder y fama de sus gobiernos, como los Asirios, Medos y otros pueblos, la costumbre de disponer los padres de sus hijas era muy vária, pero las jóvenes estaban siempre obligadas á someterse ciegamente á la decision de sus padres. Heredoto, que vivia como 450 años antes de la era cristiana, refiere la costumbre que prevalecia en este punto entre los antiguos babilo-

nios, tan singular en su institucion como divertida en su práctica. En efecto, nada podrá hallarse mas curioso sobre este asunto que la feria anual que se celebraba en cada pueblo del territorio de aquella famosa capital.

En la primavera, cuando toda la naturaleza respira amor, se celebraba en cada pueblo dependiente de Babilonia la fiesta de los casamientos, á la que asistian todas las doncellas casaderas, y todos los jóvenes que se sentian con medios ó con deseos de obtener una compañera con quien emplear sus atenciones. Las doncellas, ataviadas con todo el esmero correspondiente á la importancia de la ocasion, estaban formadas en círculo en un lugar espacioso, con una divisa cada una para ser distinguida individualmente; mientras que los candidatos á los himeneos se paseaban al rededor, observando el mérito personal de cada vírgen, y cual podria corresponder mejor á sus inclinaciones. Pasado el tiempo regular de la exposicion se daba principio al negocio del dia; el magistrado tomaba su asiento, el que pudiéramos llamar escribano se sentaba á su mesa, el rematador subia á la tribuna, y el pregonero aguardaba la señal para anunciar la prenda de cada remate. Segun el sistema adoptado era necesario empezar por la mas hermosa, y seguia el catálogo segun el mérito respectivo. Por las primeras se hacian las ofertas mas considerables, y solia haber grande oposicion; adjudicadas las mas hermosas á los mas altos postores, se ponia sobre la mesa el dinero por su órden, segun la cantidad. Es de advertir que el catálogo de las doncellas estaba numerado como nuestros termómetros, con la diferencia de que cero no era un punto extremo sino el templado, esto es, que cero era la doncella que sin ser hermosa no podia llamarse fea, y asi formaba el punto medio; cada número sobre cero indicaba un grado mayor de hermosura, y por consiguiente cada grado bajo cero indicaba una fealdad mas notable. Luego que se habia dispuesto de las mas hermosas, el órden de la venta era invertido, ó por mejor decir no era venta sino dote, ofreciéndose la primera doncella, bajo cero, á quien la quisiere tomar con el dinero dado por la otra primera sobre cero, y ascendiendo gradualmente recibia en dote la mas fea toda la cantidad dada por la mas hermosa; idea admirable para asegurar marido á cada mujer, pues por monstruosa que esta fuere, el rico dote la hacia pasadera, y nunca dejaba de haber un mozo, que por falta de gusto ó por aficion al dinero, se acomodara con su suerte, retirándose á su casa satisfecho con la novia. La experiencia nos inclina á creer, que despues de seis meses de vida conyugal, aquellos que se habian acomodado á la escala, bajo cero, se hallaban mas felices y vivian mas tranquilos que los fascinados elevados por su pasion á la mas alta temperatura. Qué opinion formarán nuestras lindas españolas de esta costumbre babilónica, no nos atrevemos á conjeturar, aunque se puede presumir, que serian muy pocas las que mirasen con tranquilidad, cosa puesta en razon, que las ventajas de sus atractivos sirviesen para el beneficio de las feas. Herodoto confiesa que esta es la institucion mas excelente y admirable que habia hallado en el vasto campo de sus observaciones en la historia de las naciones, aunque alguna chistosa andaluza dirá, que aquel caduco historiador griego habia perdido el uso de sus sentidos, y que no podia distinguir la suavidad del raso ó terciopelo de la aspereza del paño burdo ó la tiesura del pergamino.

La costumbre de comprar mujeres prevalecia entre las naciones alemanas que con nombre de godos, visigodos, etc, subyugaron el imperio romano, y civilizados despues, la fueron olvidando, pero atendiendo siempre á las ventajas de la familia mas que á la felicidad individual de los desposados, de modo que hasta en nuestros tiempos, de tan jactado refinamiento, el contrato matrimonial es una venta simulada. No son ahora los padres los que venden á sus hijas, pero son agentes de la venta que ellas hacen de sí mismas por vanidad ó por avaricia. Un título ilustre, un empleo eminente en la nacion, por decrépito que sea su poseedor, puede obtener la tierna mano de una doncella en la flor de su edad; y un rico comerciante, por toscos que sean sus modales, si tiene la liberalidad de firmar una dote considerable puede estar seguro de publicar sus amonestaciones con su nombre unido al de la jóven que fuere mas de su gusto.

(El Instructor.)

Poblaciones de Rusia.

Está generalmente admitido que no hay circunstancia alguna tomada separadamente mas adaptada para darnos una idea instructiva de la condicion de los habitantes de un pais, que una descripcion de sus habitaciones. En las capitales nos hallamos inducidos á juzgar del poder de los príncipes, y de la riqueza de los grandes por los palacios que habitan; pero en las capitales, particularmente en las naciones europeas, hay tanta semejanza, que á excepcion del número de habitantes, y las consecuencias necesarias de mercados y tiendas, hay una igualdad que no es fácil deslindar. La diversidad de costumbres y modo de vivir nacional ha de buscarse en las poblaciones del interior, que son la residencia de la clase media y de la mas pobre. Qué idea mas exacta de la barbarie de los indios pampas, por ejemplo, podríamos formar por otro medio que una simple descripcion de sus rancherías? una docena de estacas cubiertas con cueros hediondos, un fogon en el medio sin chimenea, y media docena de zaleas para acostarse toda una familia, basta para que conozcamos qué personage es un cacique y qué gente es un pueblo de indios. Si subiendo un grado mas arriba examinamos los ranchos solitarios de los criollos no solo en las pampas, sino en los campos de Chile y llanos de la Angostura, donde una pared de barro, ó cuando mas de adobe, un techo de paja, un cuero por puerta, y algunas cabezas de caballo por sillas componen toda la habitacion y sus muebles, formaremos una idea de los hábitos y conveniencias de su inquilino. Pero como estos son extremos, no podríamos juzgar justamente de la gente del pais; para esto es necesario observarlas en sus capillas, parroquias ó pueblos.

Cada villa ó lugar de Rusia se compone de una sola calle, larga y ancha, al fin de la cual está la iglesia; está asi como las casas, ó mas propiamente casucas, estan construidas enteramente de madera, y toda la calle está por lo comun enmaderada, nunca empedrada, pudiéndose decir que el imperio de Rusia se compone de pueblos de palo, pues á excepcion de San Petersburgo, no hay mas casas de piedra ó ladrillo que algunas antes, y muchas despues del fuego en Moscow. Claro está que en Rusia, á excepcion de las dos capitales, no hay tal oficio de albañiles, sino aserradores y esclopeadores, ni se usa la expresion de edificar un pueblo, sino trazar y cortar una ciudad; y el trabajo de los habitantes no está en levantar una casa, sino en ir al bosque, cortar los árboles, y arrastrar los troncos al lugar; los troncos no se asierran en tablas, solo se cortan á ciertas medidas, se les quita la cáscara, se ponen tendidos unos

sobre otros, y se aseguran clavando alfagías que pasan por muescas, en líneas de arriba abajo, llenando muy bien los huecos con yerba seca, é igualando últimamente las paredes con una capa de barro.

Las casas en estos lugares son de una forma casi cuadrada, y se componen de un solo cuarto bastante grande; el suelo de palos, y el techo muy empinado cubierto con cipias ó listones de madera; la punta del caballete hácia la calle, y proyectando el techo mas de una vara de la pared en la que hay dos ó tres troneras para que entre la luz, aunque algunas parecen ventanas cubiertas con bejigas de bueyes abiertas y muy estiradas, que sirven de vidrieras. Una cuarta parte del cuarto está ocupada por un grande horno de barro, y sobre el horno hay un entarimado á lo largo que sirve de dormitorio. Si la familia es numerosa, se hace otro entarimado contra la otra pared tres varas de alto del suelo, para que no ocupe toda la casa; así pues, el horno tiene tres oficios muy principales; para cocer pan cuando hay harina, es la cocina para hervir la comida y bebida, y es la estufa para calentar toda la casa. En estas casas de los rusos no hay chimenea alguna, y el humo despues de llenar el cuarto y hasta los pulmones de los habitantes sale por donde puede. Tal es la aversion que los paisanos rusos tienen á las chimeneas, que un noble, estando un invierno en un pueblo de su señorío, hizo chimeneas en las casas de sus vasallos, pero todas fueron demolidas luego que se retiró á la córte.

Los muebles de una casa consisten en tres ó cuatro bancos arrimados á las paredes, una mesa, algunos dormillos, platos de loza basta, sarten y olla de hierro. Pero la cosa mas principal en las casas de Rusia es el Bogh, que es un santo, ángel ó Dios, porque todo lo representa, y ningun paisano ruso pasaría una noche, ni comería un dia sin tener á la vista su Dios penate bajo cualquier nombre que sea; es la representacion de una persona sagrada, y algunas veces semejante á la figura que damos al Padre Eterno. En el tamaño y esplendor varía segun las circunstancias del amo, ó mas bien del ama de la casa, pero cada una se esmera en darle el mejor colorido ó adornarle con cuanto oropel puede obtener ó cree necesario.

Seria un descuido criminal dejar apagar la lámpara que mantienen siempre ardiendo, y una profanacion imperdonable entrar en una casa, y no quitarse el sombrero, hacer tres reverencias profundas al Bogh, y persignarse tres veces antes de saludar á los dueños de la casa. Muchos viajeros respetables como el Doctor Clarke y últimamente el Doctor Lyell convienen en que se puede afirmar que no hay una casa en todo el imperio sin tener un Bogh en el lugar mas distinguido.

En el camino de San Petersburgo á Moscow, á causa del tránsito de los nobles y de la corte, hay lugares con algunas casas de ladrillo, y algunas casas de paisanos de adobes; pero al mismo tiempo se debe observar, que esto no es tanto efecto de refinamiento ni de eleccion como de la escasez de madera por mayor distancia de bosques del comun, porque ha sido necesario el continuado esfuerzo, durante muchos reinados, para desarraigar aun en las clases superiores la aficion á las casas de madera; siendo muy comun á principios de este siglo, que cuando un noble ó persona principal se veía obligado por alguna razon política á edificar un palacio ó casa de ladrillo, hacia al mismo tiempo, al lado del jardin, una casa de madera para su habitacion, dejando la grande habitacion para adorno de la calle.

Es una idea jeneral en todas las clases de Rusia, que las casas de madera son mas sanas que las de piedra y ladrillo; y es probable que tengan razon particularmente en un clima como el de Rusia y Siberia. Es indudable que son mucho mas calientes, circunstancia de mucho aprecio en un pais tan frio: otras ventajas importantes son, lo barato del material, lo fácil en la construccion, y lo pronto en edificar; los palos no cuestan cosa alguna, y luego que están cortados, en un par de dias están armados y clavados; y el trazar el plano requiere tan pocas reglas geométricas, que cada jóven ruso, cuando se casa, puede hacer su habitacion como los pájaros hacen sus nidos, por imitacion ó casi por instinto. Aun en las casas de gente rica, y por consiguiente compuestas de muchos cuartos, hay la ventaja de poderlas alterar con la mayor facilidad; y trasportarlas de un lugar á otro si fuere necesario, como se podrá ver por la anécdota siguiente.

"La espresion de remover una casa en esta parte del mundo", dice el Doctor Clarke, "está considerada como una empresa muy trivial. Cuando Sir Charles Gascoine fue de San Petersburgo como director de la fundicion en Lugan, hizo una visita á un caballero ruso que vivia diez leguas distante de este pueblo. Admirando el director la hermosura, conveniencias y muebles tan apropiados de la casa de su amigo, dijo que daría cualquier dinero por tener una casa semejante en su establecimiento de Lugan. El dueño de la casa respondió, que si Sir Charles admiraba aquella habitacion, estaba á su disposicion, prometiendo llevarla á Lugan y ponerla allí, exactamente como la veía. El precio fue convenido entre los dos, la casa removida en una semana, y el caballero inglés habitándola, del mismo modo que la habia visto antes, y como nosotros la hallamos durante nuestro viaje."

Despues de esto no debemos admirarnos al oir, que una iglesia parroquial ha sido trasportada de un lugar á otro, con poca mayor dificultad que el cura, sacristan y monacillo.

(*El Instructor.*)

En un periódico de provincia hemos leido lo siguiente:

La isla de Juan Fernandez ha desaparecido últimamente del mar del sur. Indudablemente fue producida en tiempos remotos por alguna erupcion volcánica, y ahora ha sido destruida por un terremoto. Entre la doble catástofre que señala su orígen y su desaparicion, ninguna história en el mundo ha hecho menos ruido que la historia de esta isla. Si los paises como los hombres tienen sus glorias personales, la isla de Juan Fernandez ha tenido sin duda la suya en haber dado un asilo al marinero náufrago á quien Daniel Defoe dió el inmortal nombre de Robinson Crusoe. Esta isla tomó su nombre de Juan Fernandez, piloto español del siglo XVI, quien se ocupaba en navegar en las costas del sur de América desde Perú á Chile, sin hallar mas enemigos que los vientos del sur: estos con todo eran tan temibles que se consideraba esta navegacion como la mejor y mas severa escuela. En una ocasion le ocurrió, sin consultar el tiempo, si haciéndose mas á la mar podia evitar estos terribles vientos. Hizo la prueba, y halló lo que deseaba viendo deslizar su buque sobre el mar como por encanto. En uno de sus viages hácia el año de 1572 descubrió una costa que conoció no ser la de Chile, y mas feliz que Cristobal Colon mismo, inmediatamente la puso su nombre. Halló que era una isla, y á su vuelta contó maravillas de ella; pero cuando propuso el llevar allí una

colonia, el gobierno español no se manifestó dispuesto á favorecer su idea. Fernandez con todo se estableció en la isla, pero despues de algun tiempo la abandonó dejando solamente algunas cabras, las que se multiplicaron mucho. Se duda si la España le concedió el dominio de la isla; pero es mas probable que la causa de abandonarla fuese su pasion por el mar, y la vida á que habia estado acostumbrado. Volvió á esta vida aventurera, y se asegura por algunos autores que él fue el primero que descubrió la nueva Celandia.

VARIEDADES.

Una esposa.

Ved ahí á vuestra esposa desidiosa y negligente, vagando por la casa con los bolsillos de su delantal rasgados, el vestido sin prender, el cabello despeinado, y calzada con un par de zapatos viejos en chancleta. Siempre fue dejada, y el matrimonio la hace serlo mas. Su cuarto parece una prenderia. Los muebles están manchados de grasa y tinta, y en fin toda la casa manifiesta la falta de una ama esperta y cuidadosa. Es indolente, crédula y de buen corazon. Su marido es tambien pacífico y contentadizo, asi es que vayan las cosas como quieran, ni se altera ni lo advierte. Con todo son felices á su manera, y pasan la vida sin inquietud ni cuidados: quien sabe? Tal vez son mas prudentes que aquellos que aspiran á un método de vida de mas refinada comodidad.

Mirad por otro lado á la atrevida dominante matrona, reputada en el círculo entero de sus amigos por mujer de estraordinaria disposicion y despejo: habla recio y en tono magistral, dictando en todas ocasiones, pídasele ó no, su opinion. Podria ella sola gobernar todas las familias de la Cristiandad. Sus planes de economía son comentados cerca y lejos. Su fuerte ha sido siempre el mandar, por lo que al escoger marido ha buscado un imbécil simplon que la deja hacer cuanto quiere. Ella conoce su debilidad, y se aprovecha de esta circunstancia para ejercer su autoridad propia. Sin duda alguna semejante mujer partiría el corazon de un hombre sensible; y un hombre de carácter le partiría á ella la cabeza. Pero ah! en que estado tan celestial de ilusion y ceguedad vive su insignificante marido! Para él no se vió jamás una mujer tan económica, tan hacendosa, tan buena en fin, como la suya; buen provecho le haga.

El carácter de una buena esposa no puede delinearse: ¡posee tantas pequeñas é indefinibles escelencias! Solo aquel cuya vida hace feliz puede justamente apreciar el valor de esta joya inestimable. No hay cosa sobre la tierra de tanto precio que pueda comparársela, y él lo sabe. Ella dulcifica su existencia; es para él un consejero prudente y desinteresado, y sin procurar atraer la atencion hacia ella misma, esparce en torno de su esposo un brillo que sin ella jamás hubiera obtenido.

Los solterones.

Ved ahi al opulento *bonvivant* que mantiene una casa para el solo, que profesa una antipatia inherente y singular á todo el sexo femenino, y que asi ha pensado en casarse en su vida, como en arrojarse al mar. Hace muy pocas visitas como no sea á algun individuo de su especie que tiene una mesa parecida á la suya, y por consecuencia sabe como satisfacer el paladar de su huesped. Si se halla accidentalmente en sociedad donde hay señoras se felicita en secreto de no tener que pagar algun rico prendido ó costoso trage, mientras permite que sus criados malgasten ó se embolsen por lo menos una cuarta parte de sus rentas, y que lo que bastaria á sostener una familia menesterosa sea diariamente consumido para alimentar á una cuadrilla de inútiles animales domésticos. Para él no hay goce mayor en la vida (y rara vez piensa en otro alguno) que una comida bien sazonada, y aunque toda la fragancia y dulzuras de la naturaleza no le afectarian en lo mas mínimo, el olor de un manjar delicado le entusiasma y vivifica.

Hay tambien el pobre oficial retirado que, sin ascensos ha pasado la primavera de su vida en el servicio, reducido por necesidad al aislamiento en que vive en una boardilla, ó constituido en arrimon á la mesa de otros mas afortunados; ó tal vez demasiado orgulloso para esto último, y no teniendo mesa propia para convidar á un amigo, no come nunca fuera de su casa, contentándose la mitad del año con una sopa de vigilia y un trozo de carne fiambre. Si le encontrais en la calle os habla filosóficamente de su amor á sus penates (si es que un hombre que vive en casa de huéspedes puede hablar de este modo) y su inclinacion al retiro. Promete repetidas veces el haceros una visita, pero nunca llega el caso de verificarlo. Hay sin embargo en él una chispa de humana benevolencia, y un rasgo de caridad dulcifica los limitados goces de su vista solitaria. Una parte y no pequeña de sus escasos medios está destinada á mantener á un anciano y decrépito pariente suyo, y lo dá sin murmurar, aunque disminuye considerablemente el corto número de sus comodidades.

Por otro lado se ve al vano y pedante literato de enfadosa é insoportable erudicion. Se eterniza sobre sus empolvados volúmenes dia y noche, y ha escrito tomos enteros sobre todo lo creado. Pero á pesar de sus esfuerzos para asombrar al mundo y legar su nombre á la posteridad, ni él, pobre hombre! ni el mundo han adelantado cosa alguna con su erudita tarea. Es alto, flaco y en estremo fantástico en su lenguage. Su conversacion es incesante, y si no ser tan árida, monotona y cansada, podria llegar á divertir por sus muchos disparates. Se imagina á sí mismo bajo la proteccion de los personages mas notables, á los cuales cita en todas ocasiones, y abruma á su auditorio con títulos altisonantes é indigestas relaciones de las infinitas pruebas de favor que dice le han prodigado. Vive en un oscuro y clásico rincon de la ciudad, y una mujer tan estravagante como él que le sirve de ama de gobierno, es la sola en que halla un sincero admirador, pues se ha acostumbrado á prestar fe á todos sus relatos, y si pudiera conseguirse de ella el que manifestase su sentir respecto á él (es tan callada como él locuaz) no hay duda que le aclamaría desde luego el hombre mas sábio de la tierra.

Un marido.

Véase al marido perezoso y casero, tan exacto como reloj de sol, que pasa su vida en comenzar por la casa, ó por variar, vaga por las almonedas, ó acompaña á su mujer al mercado.

Se altera é incomoda con facilidad, no quiere tertulia ni reuniones en su casa, porque interrumpirian la regularidad de su órden doméstico. Su mujer se ha acostumbrado á la misma exactitud, y este método de vida estaria para él exento de molestias, á no ser porque halla siempre á sus criados incorregibles. Despues que les

ha enseñado por la centésima vez á limpiar un mueble, ó enjugar una copa, tiene que volver á emprender de nuevo su instruccion, y á pesar de todos sus preceptos y ejemplo, nunca consiguen hacerlo con la precision que él desea.

Ved tambien al opulento mercader enfrascado en el bullicio de los negocios, en cuyo corazon no cabe otro cariño que el del dinero; pero que conceptua absolutamente necesario á sus intereses el casarse. Busca pues esposa, no tanto por el deseo de tener una dulce compañera, cuanto una mujer económica á quien poder colocar al frente de su establecimiento. No es pues una mujer con cierta fortuna y espíritu independiente la que le conviene, pues prevé muy bien que esta querria gastar su dinero á su antojo, y hacer su voluntad sin adherirse á los planes económicos de su marido, como aquella, cuya fortuna escasa la hubiese sujetado toda su vida á ciertas privaciones. En este supuesto busca una, que necesitando asegurar un porvenir, está pronta á sujetarse á cualquiera sacrificio para adquirirlo, y se amolda por consecuencia al carácter y exigencias de su marido, desempeñando su parte subordinada con entera sumision. El la trata como una criada mayor. Le pasa un tanto para gastos domésticos, de lo cual tiene ella que darle exacta cuenta. Es puntual en extremo, y no queda nunca á deber un maravedí mas allá del plazo señalado, siendo al mismo tiempo rigoroso en reclamar justicia para sí. Es insensible y poco sufrido; su aire es el de un hombre que no ha conocido nunca dificultades, y que se reconoce superior á ellas. Pero su familia no se revela; le mira con reverencia y respeto, aunque él la gobierna á lo déspota.

—

Una viuda.

Mirad á la alegre y jóven viudita; ¡que buen tema para las habillás al verla caminar con pie ligero, lanzando significantes miradas por entre sus elegantes enlutados crespones!

Se dedica á proteger muchachas casquivanas á fin de atraer siempre en pos de sí un séquito de galanes con el objeto de atrapar si es posible uno para ella.

Apenas tiene lo suficiente para tentar á un cazador de fortunas al paso que su estravagancia asusta á los hombres de prudencia y medianos recursos. Se adorna y atavia, habla mucho, convida y da saraos, frecuenta todos los paseos para hacerse ver, hasta que se consumen ella y su dinero, y todo sin fruto alguno. Halla, sí, muchos *caballeros servantes* que consienten en comer con ella, concurrir á sus bailes, barajar sus naipes y escoltarla á las tiendas y paseos, pero ninguno, por necio que sea, que quiera pasar su vida de aquel modo, ni someterse á la coyunda.

Ved asimismo á la modesta viuda, pobre, destituida y sin amigos discurriendo por las calles con su fúnebre andrajoso atavio, pero conservando algunas reliquias de compostura en el vestir y rastros de pasada belleza en su semblante abatido y macilento. Se casó imprudente por solo amor, y su marido fue uno de aquellos desgraciados mortales que emprenden varios medios de adquirirse el sustento sin acertar en ninguno. Su único recurso es ahora el referir una y otra vez su lamentable historia á todas las *notabilidades* caritativas para quienes consigue recomendacion. Escuchan estas sus quejas con muestras de compasion é interes, y hacen poco mas que escuchar y hablar de ello en seguida. Se ve obligada por la necesidad á tratar con cierta clase de gentes á quienes en su juventud hubiera rehusado con desprecio asociarse, y aun tiene que agradecerles sus favores. Conserva sin embargo algun resto de la independencia de su espíritu. No quiere depender en un todo de la merced de los demas. Consigue vivir bajo techado y atender á sus primeras necesidades á fuerza de trabajar noche y dia y asistir á uno ú dos huéspedes que tiene en su casa. Con todo, es una vida precaria: nadie sabe lo que la infeliz tiene que afanarse para no contraer deudas. Pasa los dias en ansiedad y las noches en vela, sujetándose á dar pasos humillantes para sostenerse, hasta que llegue el término que hace tiempo está esperando, de descansar en la túmba al lado de los suyos.

GROSERAS EQUIVOCACIONES

de los estranjeros

HABLANDO DE ESPAÑA.

«¿Pero qué ha de suceder? Vine á España un estranjero (y principalmente uno de nuestros vecinos trasPirenáicos), y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda estranjera, donde se reune con otros compatriotas que se ocupan exclusivamente de la alza ó baja de los fondos en París, ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus pátrios usos. Levántase por ejemplo al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirije por el mas corto camino á casa de *Mr. Monior* á tomar un baño; luego á almorzar *chez Mr. Genieys*; despues al salon de *Petibon*, y luego al almacen de los *Saboyanos* ó al obrador de madama *tal*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres ¡*peste de pais*! "no hay nadie en las calles.» Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor, ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. «Vamos á los toros....» gritos, silbidos, expresiones obscenas.... ¡*oh le vilain païs*! Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota: «*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente*» Sale de allí y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve: «*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve*» Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «*Las pequeñas piezas en España son pitoyables*» No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primera fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía, se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: "*Las mujeres en España son extremadamente amables*», dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablar en francés, y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en extender sus memorias sobre las costumbres españolas y pintar los románticos amores de Don

Gomez con donna *Matilda* ó donna *Paquita* con Don *Fernandez*. Pasan asi quince dias, vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo: "*Tableau moral et politique de l' Espagne, par un observateur*": y pillando un trozo de Lesage no duda en adoptar por epígrafe el "*Suivez moi, je vous ferai connoître Madrid.*» Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del Manual.»

Con esta su inimitable gracia y verdad pintó nuestro *Curioso parlante* en uno de los artículos de su "Panorama matritense» los errores en que los extranjeros incurren al hablar de las cosas de España; de lo cual nos ofrecen continuados ejemplos los periódicos ingleses y franceses.

En uno de estos últimos (*La Mosaïque*) leimos no hace mucho tiempo una descripcion de nuestras corridas de toros tan ridículamente desatinada, que no pudiera haberse hecho peor hablando de las costumbres de la China ó del Japon. Pintase al toro saliendo furioso del toril, acometiendo sucesivamente á tres adversarios á caballo (*cavaliers*) cuando los picadores en la plaza no son mas que dos, y á estos sacando el caballo *á galope* despues de haber clavado y quebrado su lanza, en lo cual se confunde la suerte de picar con la de quebrar rejoncillo de los caballeros en plaza. Dícese que esta operacion se repite muchas veces hasta que el toro queda muerto por la cólera, el dolor, y la pérdida de la sangre; y añade el autor de la relacion con mucha formalidad: "Algunas veces, sin embargo, estos primeros encuentros tienen un éxito muy diferente: si el de á caballo comete en el momento crítico la menor falta, el toro embiste al caballo y le derriba á cornadas; entonces, só pena de perder su honor y reputacion, el ginete desmontado tiene obligacion de tirar de la espada, combatir con el toro á pie, y darle muerte, vengando asi á su caballo que huye al otro estremo del circo arrastrando sus entrañas ensangrentadas. Durante el combate, los espectadores atentos al menor movimiento de los campeones, observan la exacta imparcialidad de verdaderos jueces del campo, aplaudiendo lo mismo las cornadas dadas en regla, que las lanzadas de mérito, de suerte que unas veces gritan entusiasmados: *Bravo, toro*, y otras: *Bravo, caballero.*»

Las demas circunstancias de la lid están pintadas con la misma estraña ligereza é inexactitud; y no obstante que Madrid está siempre lleno de extranjeros, particularmente de franceses, que asisten á nuestros espectáculos y debieran juzgarlos de otra manera, sobre ellos como sobre todas las cosas de España se tienen al otro lado del Pirineo las ideas mas equivocadas y ridículas. A la relacion que hemos estractado acompaña una lámina en donde la plaza de toros, el traje de los lidiadores, y hasta sus actitudes y maneras estan representados con la misma falsedad; cosa que parece de todo punto increible si con tanta frecuencia no se repitiese. Sirva de muestra el siguiente grabado que un periódico extranjero ha dado á luz como imájen fiel de la puerta del Sol de Madrid, y no es por cierto de lo mas desatinado que hemos visto: pudieran tener presentes estos errores los españoles que juzgan de su pais por relaciones de extranjeros.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.